

Escritura e Imagen

ISSN: 1885-5687

<https://dx.doi.org/10.5209/esim.99409>EDICIONES
COMPLUTENSE

FISHER, Mark, *Deseo postcapitalista: las últimas clases*, Buenos Aires, Caja Negra, 2024

En el presente volumen, quedan recogidas las primeras cinco clases del curso de máster que Mark Fisher impartiría en el *Goldsmiths College* de Londres, durante el año escolar 2016-2017. El curso tendría el título de “Deseo postcapitalista” y buscaría articular la problemática entre libido y política a lo largo de 15 módulos, cada uno estructurado en base a unos autores y a unos textos concretos¹. Sin embargo, solo se acabarían celebrando las primeras cinco clases del programa, debido al repentino suicidio de Fisher el 13 de enero de 2017.

Matt Colquhoun, antiguo alumno de Fisher, edita e introduce el libro que se encarga de recoger los últimos pensamientos del filósofo británico en directo. Las transcripciones, llenas de interrupciones de alumnos, sillas que se arrastran y alguna que otra carcajada del propio Fisher, permiten al lector involucrarse en el ambiente animado y dinámico de aquellas clases. *Deseo postcapitalista* funciona como puesta en común de las ideas, ya maduras, que funcionarían como base para la articulación de ese gran proyecto filosófico bautizado como “comunismo ácido”. Fisher, en diálogo con autores como Marcuse, Lukács o Lyotard, y por supuesto con sus estudiantes, se interroga hasta qué punto nuestro deseo de anticapitalismo no se encuentra ya, desde un primer momento, aprisionado por el propio capitalismo. La contracultura como herramienta emancipatoria, a través de sus innumerables manifestaciones estéticas, se pone en tela de juicio al comprobar, una y otra vez, cómo el capitalismo es capaz de reabsorberla y de reintroducirla en la producción de valor. Fisher buscaba en el aula imaginar junto a sus estudiantes una nueva contra-libido frente al deseo capitalista (p. 19), una nueva forma de desear que fuera capaz de huir del continuo reagenciamiento capitalista y que se postulara como inoperante para su axiomática, es decir, un deseo postcapitalista. Desde los primeros impasses del curso podemos identificar los dos rasgos fundamentales en torno a los que se articulará el curso y que comentaremos a continuación: (1) la reflexión en torno al deseo en un sistema social dado y (2) el gesto aceleracionista incapaz de pensar un Afuera del capitalismo.

Este primer rasgo libidinal queda introducido desde la primera clase, “¿Qué es el postcapitalismo?”, al traer la atención sobre la función de la publicidad en el esquema social y político. Según Fisher, “hay un problema de deseo en términos del capital” (p. 52), la publicidad ha conseguido monopolizar el deseo, limitándonos a fantasear únicamente con uno de carácter capitalista. Fisher expone las críticas que se vertieron en 2011 desde varios sectores conservadores sobre los manifestantes de *Occupy*, que pretendían hacer la revolución *tweeteando* desde sus *iPhones* y manteniéndose despiertos con los cafés de *Starbucks*. La narrativa libidinal planteada

¹ El programa del curso completo, elaborada por el propio Mark Fisher, puede encontrarse en el primer apéndice de la edición reseñada (p. 259).

por el neoliberalismo parece cancelar cualquier alternativa al deseo imperante, haciendo del capitalismo un circuito cerrado: “¿es imaginable el postcapitalismo? ¿Es posible conservar algo de la infraestructura libidinal y tecnológica del capital e ir más allá del capital?” (p. 56).

La cuestión libidinal va más allá del deseo. Mientras que preguntarnos por el deseo es, efectivamente, preguntarnos por aquello que queremos, preguntarnos por la libido, según Fisher, implica una dimensión más profunda y eminentemente política: ¿por qué queremos aquello que queremos? Las expresiones contraculturales tienen por objetivo la producción de nuevas formas de deseo, nuevas formas que pueden verse capturadas por el esquema libidinal hegemónico del capitalismo, pero que en un primer momento apuntan a un mundo transformado. El potencial de transformación de la libido de las diferentes expresiones estéticas permite que éstas sobrevivan al agenciamiento capitalista, en tanto que se convierten en una especie de libido residual. Puede que la palabra «revolución» se use ya como mercancía, como reclamo en restaurantes y campañas de marketing, siguiendo el ejemplo de Fisher, pero el capitalismo absorbe estas expresiones porque sabe reconocer en un primer momento el potencial transformador. Esto es precisamente lo que necesita el capitalismo para sobrevivir: una renovación constante. En la actualidad, la reflexión transformadora separa el componente libidinal del componente político, entendiendo como escandalosa la idea de que en la clase trabajadora opere un deseo capitalista. Fisher plantea la posibilidad de aunar estos dos extremos, libido y política, demostrando cómo la contracultura imagina el nuevo objeto a partir de las herramientas dadas por el sistema del que intenta huir. Uno de los caminos que se abre a lo largo del seminario, siguiendo a Lyotard, es pensar estos dos elementos como constitutivos de un mismo problema, sin pretender que el proyecto libidinal vaya por un lado y el político por otro. El deseo postcapitalista de Fisher mantiene esa tensión viva entre el trabajo organizado y las fuerzas del deseo.

Es aquí donde el segundo rasgo del futuro postcapitalista cobra toda su relevancia. La expresión contracultural no apunta hacia un Afuera del capitalismo, el deseo no opera en otras lógicas ajenas y exteriores, sino que se ve entrelazado con las dinámicas económico-sociales operantes en la interioridad. Fisher decide usar el término “postcapitalismo” en vez de uno completamente nuevo porque éste implica una victoria a través del capitalismo mismo. Identificamos una idea similar como eje argumental en la segunda clase sobre Herbert Marcuse, donde se caricaturiza al alemán como una especie de aceleracionista (p. 130). La mecanización y estandarización del sistema capitalista no es lo realmente regresivo, sino la sumisión de estas lógicas a una mayor que tan solo busque la perpetuación de la ley del valor. Esta misma mecanización y estandarización permitiría a los individuos trabajar menos y disfrutar más, y, sin embargo, el resultado es diametralmente opuesto. Aquí se entrelazan libido y proyecto político: la contracultura, según Fisher, no debe desear fuera de las herramientas que pone a su servicio el capitalismo, sino subvertir esas mismas. Es en la tercera clase del curso, a partir de un estudio de Lukács, que Fisher analizará en profundidad esta última idea. Se les presenta a los estudiantes aquella oposición entre totalidad e inmanencia para hacer ver cómo el capitalismo no es una realidad dada. Identificar al capitalismo como tal, como totalidad fija, efectivamente nos empujaría a pensar en un Afuera del capitalismo, en un Afuera de la totalidad. Estos esfuerzos caerían en saco roto, ya que cualquier tipo de deseo de ir más allá quedaría subsumido bajo el capital, al entenderlo como totalidad dada. Sin embargo,

si comprendemos nuestra realidad capitalista como inmanente, podemos imaginar una realidad diferente al visualizarla como cambiante: “No hay una forma fija de la realidad, porque eso mismo es una reificación. La realidad es solo un proceso de devenir” (p. 184).

Hay un espíritu fácilmente identificable en toda la obra de Mark Fisher, que, por supuesto también encontramos en estas últimas clases. Ya en la cuarta clase, la nostalgia se entiende como una fuerza reaccionaria, una actitud reactiva incapaz de tomar la iniciativa, que tan solo nos permite resistir mientras que el capitalismo sigue operando (p. 78). La melancolía típica de las posturas de izquierdas busca movilizar mediante la defensa de una identidad o la exaltación de un pasado en vez de recolocar el foco en las posibilidades actuales de transformación y de construcción de futuros. Fisher plantea su quinto módulo, de la mano de Lyotard, como una síntesis entre los dos primeros rasgos que vehiculaban el curso. Pensar el deseo como fuerza política y comprender el gesto aceleracionista que niega un Afuera del capitalismo nos permite “imaginar una transformación *a partir* de donde estamos ahora” (p. 240). Todos los proyectos de izquierdas anteriores se articularon en base a una separación entre deseo y política, no atendieron al “deseo de los capitalizados” (p. 250), reinscribiendo el moralismo y apuntando hacia una exterioridad imposible de alcanzar. Estar libre de capital, dirá Fisher en la última clase del curso, es estar libre de deseo. Lyotard rechaza cualquier modelo viejo que busque un mundo no alienado, no contaminado por el capital (p. 254), y Fisher insta a sus alumnos a perseguir este impulso. Imaginar un mundo complejo en el que deseo y política se relacionen constantemente, en el que no se busque la salida fácil de habitar un exterior, en el que las interpretaciones se sustituyan por las intensidades. Y, sin embargo, cuando planteamos este nuevo futuro, es inevitable hacerse la pregunta que se hace Fisher: ¿qué nos queda? ¿Qué nos queda cuando renunciamos a esa fantasía de un mundo fuera del capitalismo? ¿Cómo traer al presente, desde el presente, un deseo postcapitalista?

Tras la muerte de Fisher, aun quedaban diez sesiones del seminario por celebrarse. Lejos de abandonar el proyecto, las y los estudiantes organizaron un club de lectura abierto y horizontal en el que se trabajaría siguiendo el programa del curso indicado por Fisher desde el primer día de clase. El mensaje por imaginar nuevos futuros, por pensar más allá del capitalismo, no tuvo si quiera que abandonar el aula para materializarse. Evitando caer en una melancolía individualista, un sentimiento de camaradería emergió del presente para trazar nuevos puentes hacia un futuro alegre y rebosante de novedad. El comunismo ácido no se encontraba en los textos, sino en estas nuevas potencialidades; “no se trataba del propio Fisher, sino de un pueblo por venir” (p. 43), de un mañana por definir.

Alejandro Mardones de la Fuente